

LIC. EDUARDO GUERRA C.

LA PROBLEMATICA DE AZORIN EN
TORNO AL "TOMAS RUEDA"

U A N

SIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO

CCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PQ6623
.A816
Z6

Sobretiro de HUMANITAS, Número 19.
Universidad de Nuevo León, 1978.

PQ6623
.A816
Z6

manera de pintor puntillista, una vez más, el tema de la generación del 98. Pero ¿ha habido generación del 98? Unamuno niega su existencia, y en cuanto a Baroja, tampoco está el gran novelista de acuerdo con Azorín en dar calidad extensiva a lo que parece más bien grupo de amigos coincidentes en ciertas apreciaciones literarias y discrepantes en otras. Y estas predilecciones y estas divergencias dieron carácter a la tertulia cuyo núcleo germinal lo constituían Baroja, Azorín y Maeztu. Los tres, como dice Azorín, iniciaron coetáneamente su tarea inspirados en el amor a las Artes, a la Historia y al paisaje españoles, y ese trabajo fue produciendo, por lo que había de novedad en su tono, en su pensamiento, y en su técnica expresiva, sugerencias en otros profesionales de la pluma, que ocasionaron una ampliación del grupo, constituyendo, más que generación, escuela..."¹

Sí, así es. Para don Miguel de Unamuno esa generación del 98 no era en realidad lo que pretendía ser, pero, él mismo lo reconoce, la generación del 98 formó escuela. Y sus fundadores fueron: Azorín, Maeztu y Baroja. ¿Y qué mejor escuela que la de Azorín?

La Problemática de Azorín en torno al "Tomás Rueda"

La problemática que nos plantea Azorín en su re-creación del Licenciado Vidriera, de Cervantes, es grandiosa, gigantesca.

Parece muy sencillo que Azorín nos pregunte que ¿cuándo era más auténtico, más de sí, más humano el Tomás Rueda: siendo loco o siendo cuerdo; estando enajenado o estando en su propia posesión? Parece sencillo. Sin embargo nuestro pensamiento se ve acosado por la pregunta.

Azorín, al principio de su re-creación, nos indica que el Tomás Rueda —como él ha llamado a su re-creación— es la versión pequeña, la síntesis del Quijote cervantino. Los dos personajes —Tomás Rueda y Alonso Quijano—, nos dice Azorín, viven de lo irreal. Los dos acaban por volver a lo cotidiano. Vuelven, claro está, melancólicamente. El uno, el Quijote, vuelve a su realidad —¿realidad?— para morir destrozado, deshecho. El otro, Tomás Rueda, vuelve para ver a su patria por última vez, para recordar un momento, una vivencia —¡Mari-Juana!— y después irse... o posiblemente morir.

¹ UNAMUNO, Miguel de, *Ensayos*, 3a. edic., Edit. Aguilar, Col. Joya, tomo II, Madrid, 1951, pp. 10-11.

Pero ¿quién es Tomás Rueda? Veamos la concepción de Azorín: Era, nos dice, una vez un rey... No; no era un rey. Una vez era un gran caballero... Tampoco; no era un gran caballero. Era un valiente capitán... Tampoco; no, no era un valiente capitán. ¿Qué era, entonces? ¡Ah, sí! Una vez era un niño. Un niño que vivía en una ciudad de Castilla..."²

Sí. Era un niño. Tomás Rueda era un niño. Como todos los niños que nacen, viven... —a veces— y luego mueren. Un niño como todos. Pero no. No era un niño como todos él, él era Tomás Rueda.

Vivía en una casa situada en Castilla. Su madre había muerto. ¿Su padre? —¡quién sabe!—. Lo único que nos dice Azorín es que gritaba o le gritaban. Es suficiente.

Así pues, los primeros días de este niño, ante nuestra vista, fueron duros... horribles. Pero, sin embargo, no todo era malo. Había una persona, una mujer: Mari-Juana. Era risueña, amable y ¡bien que quería al niño! Sin embargo, una vez desapareció para siempre —¿para siempre?—. Y luego se fue el padre. Y aquí aparece otro personaje: Lorenzo, quien era hijo de Lorenzo y nieto de Lorenzo. Todos cachicanes de la Olmeda. Este Lorenzo viene por Tomás Rueda y lo lleva a la Olmeda que, por cierto, ya la había comprado.

Lorenzo trata de educar a Tomás y es entonces cuando éste conoce a su primer Maestro. El Maestro vivía cerca de la Olmeda. Y siempre llegaba montado en un borriquillo. Una de sus piernas era de palo. —¿Reminiscencia de Cervantes, el ya tan mencionado Manco de Lepanto?—. Y más todavía. Los ojos del Maestro brillaban cuando olía la cocina o cuando hablaba de Flandes y de Italia. —¿Cervantes o Azorín?—.

Y en la Olmeda el tiempo pasa. Dice Azorín: "Han pasado los días, los meses, los años. Han venido muchas veces las golondrinas, y se han marchado. Han caído muchas veces las hojas de los olmos, y han salido otras."³ Sí, el tiempo está pasando. ¡Y qué manera de describirnos el tiempo! Así tal cual es.

Aquí se entremezcla la otra problemática de Azorín: el tiempo. Problemática nacida de la lectura de los filósofos de nuestro tiempo. ¿Kant o Heidegger?

Pero... el niño ahora tiene once años. Ya sabe leer. Y ha tomado entre sus manos un libro que dice "Soy de María". Y Azorín nos muestra, nos

² AZORÍN, *Obras Completas*, tomo III, 1a. edic., Edit. Aguilar, Col. Joya, Madrid, 1947, p. 283.

³ AZORÍN, *op. cit.*, p. 294.

pinta, cómo ese libro es —¿fue?— de María. Pero también nos muestra la interioridad que esa frase simple y sencilla —“Soy de María”— tiene. Sí. Hay, en ese momento en que Tomás toma el libro, una especie de relación espiritual de sangre, de pensamiento. Ese “Soy de María” está presente y se compenetra, se vacía —por así decirlo— en las manos del niño. Ya no es sólo una mente. Ahora son dos: María y el niño... el niño y María. Lo demás no importa.

Y el paisaje. Hay que ver el paisaje que nos pinta Azorín en sus escritos. Ese paisaje castellano o alicantino. Ese paisaje que es España misma. España vista por Azorín.

No hay que olvidar el mensaje de la araña del lentisco. Es una lección nunca oída. La araña tiene que ser de la montaña. Esas arañitas finas que van tejiendo su hilo en los lentiscos. Tomás Rueda estará escuchando las leyendas de los pastores —¿cuántos serían?—. Pero mientras él está viendo a las arañas. Esas arañas que nos dan, dice Azorín, una lección de pulcritud, limpieza; de serenidad.

Son momentos, ciertamente, pero sin embargo esos momentos vendrán a darnos un momento mayor: la vida de Tomás Rueda.

¡Y el Tiempo...! “No para de marchar el tiempo.”⁴

El niño sale de la Olmeda en la caravana de romeros. Es en septiembre. Ha salido de la Olmeda y también ha salido de su niñez. “Quiso nuestro amigo ser hombrecito.”⁵ Por vez primera el mozuelo bebe. Bebe hasta caer dormido. Y al despertar verá a una mujer solitaria vestida de colores chillones, junto con el carretón de la farsa. Versos y cantos... cantos y versos.

¿Qué pasaría? De pronto nos encontramos con la sonora voz del maestro de maestros: Cervantes. El muchacho estaba tendido debajo de un árbol cuando dos estudiantes pasaron y le preguntaron si sabía leer. Él respondió que sí, y que iba en busca de un amo a quien servir por solo que le diera estudio. Se va con los estudiantes. Un largo camino le espera todavía.

Y en Salamanca Tomás estudia. Estudia en un pequeño cuarto con una ventanita y un muro blanco. Y el tiempo pasa. Y es hora de partir. Ahora hacia el mar. Pero antes ha visto su ventanita y su muro blanco. Y se ha sentado en el escritorio donde pasara muchas horas de ensueño entre los libros. Ahora es tiempo de despedirse.

⁴ Azorín, *op. cit.*, p. 298.

⁵ Azorín, *op. cit.*, p. 300.

“Una mañana, paseando por las orillas del Manzanares, vio a un hombre sentado junto al río. No hacía nada; permanecía profundamente absorto contemplando el agua. La intensa abstracción de este hombre, apartado del bullicio de la ciudad, fijos los ojos en la corriente de las aguas, hizo detenerse a nuestro mozo. Cosas extrañas pasan en las grandes ciudades; pero ésta, en su simplicidad, era una de las más extrañas de todas. ¿Quién era este hombre? ¿Un filósofo o un loco? ¿Qué hacía mirando, con tan profunda atención, correr el río?”⁶

Sí. Sólo los filósofos o los locos pueden contemplar el río. Sólo ellos, que están más cerca de las cosas pequeñas.

Y luego su encuentro con aquella mujer solitaria en la llanura. No se trabó palabra alguna. Los estudiantes y Tomás Rueda por su lado y ella por el suyo. Nada importaba. Una mujer más. Y ellos, unos hombres más.

Tomás Rueda sale de España. ¿A dónde iría? —Claro, a las tierras de Flandes y de Italia—. Sale de España para volver a ella. Otra vez Salamanca.

Allí Tomás encontrará un amigo. Un único amigo: Asensio. Y allí, precisamente, se enamorará de una mujer. Y allí, en Salamanca, tomará Tomás Rueda el vino “dulce y violento”. Tomás cayó enfermo. Sintió su cerebro “todo hecho de fuego”.

Y aquí, nos dice Azorín, llegamos a la parte más delicada del cuento. Tomás ya no era igual. ¿Por qué?

“Ser exteriormente, socialmente, era igual; pero una honda conmoción había puesto un no sé qué en su organismo. Algo había en su cerebro, en su sensibilidad que no había antes. No será fácil describir este estado espiritual de nuestro amigo. Diremos, en términos generales, que su carácter ahora era ‘vidrioso, un poco vidrioso’...”⁷

Sí. Tomás ahora era vidrioso en extremo. Se irritaba, dice Azorín, por muchas cosas que antes pasaban inadvertidas para él. Tomás no era el mismo.

De Salamanca Tomás Rueda pasa a Valladolid. Allí estaba la Corte. Tuvo muchos amigos que le buscaban por la claridad de juicios. Pero él deseaba estar solo. Porque una vida de comunicación y de expansión constante le hubiera hecho no ser él. Tomás quería ser él mismo.

Y de pronto Tomás desea irse.

⁶ Azorín, *op. cit.*, p. 307.

⁷ Azorín, *op. cit.*, p. 320.

En el capítulo XII, Azorín nos presenta una defensa: su lucha interior. Es el grito abierto de la generación del 98. Entre el diálogo con que se abre este capítulo dice Tomás —Azorín!!!—: “Tú sabes lo que yo amo a España, lo que yo quiero a estos paisajes, estas piedras, estas ciudades, estas callejuelas. Pero, poco a poco, en mí, se ha formado un estado espiritual que todo esto —amado con tanto entusiasmo— no logra contrabalancear y neutralizar. Veo la irremediable perdición de España... Al pronunciar esta frase me asalta la duda: ¿ha de ser fatalmente así la Humanidad, la sociedad española, o esto podría ser de otro modo, de un modo bueno? Me inclino a este último extremo; mi fe no se ha extinguido todavía del todo...”⁸

Sí. Tomás se iba de España. Se iba porque la veía fracasar. Todo estaba obscuro para él. Sin embargo no se iba a ir con el alma destrozada. Sólo un dolor.

Antes de irse. En un atrio de una iglesia creyó ver a Mari-Juana. Sin embargo le dio vergüenza ir a preguntarle porque venía con unos amigos de buen vestir. Se hizo el propósito de verla después. Y la vio. No era Mari-Juana. Sin embargo, de pronto, se dio cuenta de la terrible negación que había hecho de su propio yo. De su personalidad. Había negado el conocer a Mari-Juana en aquella mujer pobremente vestida. Había tenido vergüenza de su pasado. De su pasado que fue limpio y venturoso, amargo y negro. “Había renegado en un instante de todo un pasado que él amaba con tantas ansias.”⁹

Ahora tenemos a Tomás en los Países Bajos. Viviendo en una casa acogedora. Limpia. —¿Reminiscencia de su casa y Mari-Juana?— Y allí ha conocido a Gabriela. —¿Mari-Juana?— Una mujer que veía la vida siempre nueva. Tomás se siente apoyado por Gabriela.

Una tarde que volvía Tomás de su acostumbrado paseo por el campo vio sobre su mesa una carta. La leyó. Y luego como vuelto loco de alegría gritó a Gabriela. Ésta vino y Tomás le entregó la carta. Y la carta, dice Azorín, decía así...

¿Qué diría la carta? —Probablemente diría un mensaje de Mari-Juana. Probablemente serían noticias de su amada España.

Y en último término ¿no era Mari-Juana la misma España? ¿Esa Es-

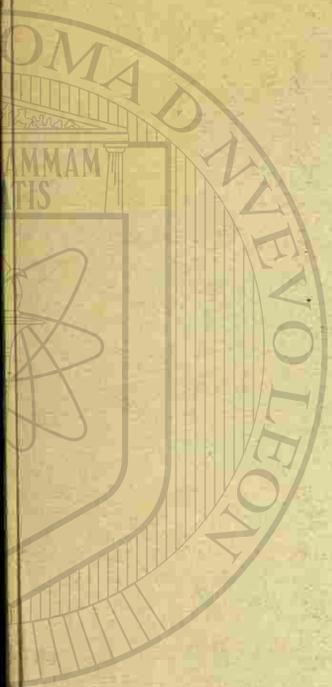
⁸ AZORÍN, *op. cit.*, pp. 323-324.

⁹ AZORÍN, *op. cit.*, p. 327.

paña reflejada en el paisaje azoriniano? ¿España reflejada en la risa tinitilante de Mari-Juana? ¿No podría serlo? ¿Por qué no?

Sí. Aquí está la visión nuestra de la re-creación de Azorín. La pregunta sigue en pie. ¿Quién es más humano: el loco o el cuerdo?

Nuestro pensamiento parece decirnos: los dos... los dos. Y nuestra razón nos contesta ¡No! Pero, ¿no ha dicho alguien, quizá Unamuno, que hay que ir en pos de la razón de la sinrazón? ¿No ha dicho que es necesario ir en busca de la tumba del Quijote? Sí. Tanto uno como otro, el loco y el cuerdo eran uno mismo. Tanto el loco como el cuerdo sentían ese abandono y esa necesidad de soledad. Y no podemos negar que tanto el cuerdo como el loco eran uno mismo: Tomás Rueda. Y Tomás Rueda era un hombre... No; no era un hombre. ¿Qué era entonces? ¡Ah, sí! Era Tomás Rueda, un niño...



UAN

SIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO

CCIÓN GENERAL DE BIBLIOTEC